

PERSPECTIVA Y PROSPECTIVA DESDE CERDÁ:

Una Línea de Tendencia

Un siglo y poco más desde la proposición por Cerdá de una teoría urbanística y de un modelo de ciudad, su figura y entidad históricas adquieren, aceleradamente, interés, menciones y adjetivos. Parece que no queda otra alternativa que reabrir el saco de las interpretaciones históricas sobre los precursores del urbanismo moderno y hacerlo caber. Y aparecen dudas sobre si esta nueva inclusión no provocará anticuerpos allí dentro, entre los Hausmann, los Fourier, los Sitte y los Howard. La tardanza tiene complejas explicaciones; la primera de ellas, un largo desinterés de los historiadores (con acceso a publicar en España) por él y sus doctrinas. El siglo de distancia permite hacer pues, una reflexión doble: sobre Cerdá y sobre su mala fortuna. Hace poco que se cambió el veredicto histórico, generalizado en un giro completo, de desfavorable a favorable. Pero esta suplantación estableció una condición casi peor que las anteriores. A la invectiva y el olvido los siguió, como ha señalado Soria, la etiqueta. De los primeros juicios se ha hecho ya recolección abundante. Estuvieron optimamente encarnizados en el Puig i Cadafalch ecléctico, ofendido en su ambigua alma académica por un trazado "americanoidé" y según él sin apoyo en la historia. Quizá nada irritaba tanto a Puig como el que Cerdá no fuera arquitecto. Se refería a él como: "este buen señor, ingeniero de caminos...". Se le veía, pues, como dicen en España, el plumero, y nos es hoy fácil reconocer la poca validez de sus imprecaciones. Esto último no es tan cierto de los juicios, frecuentes hasta hace poco, que presentaron el Ensanche barcelonés como un **fait accompli**: como un exitoso expediente, un caso de doméstico vanguardismo y, a fin de cuentas, una infraestructura urbanística para el gran crecimiento que propiciaría la burguesía catalana. Así en realidad se oscurecía el hecho patente y certero de que si hay dos ciudades diferentes, ésas son la Barcelona de Cerdá y Barcelona. Confío poder traslucir, en las reflexiones que, con poco rigor y orden siguen, que puesto Cerdá en su tiempo y lugar, sus dimensiones hacen esa clasificación, o etiquetado, algo a superar y objetar. La exposición **Cerdá 1876-1976**, abierta en Barcelona en Marzo de este año, no pretendía entonces llover sobre mojado. Con el material que puso sobre la mesa, es de esperar que se superen pronto las fórmulas fáciles de explicación y las historias rápidas que, por entregas, han sobresimplificado la historia (particularmente la catalana) de hechos complejos, las ciudades y sus edificios. Si en la cuaresma franquista se pudo ver la producción intelectual liberal sin excesiva exigencia, otros debieran ser los vientos pronto. Hay ya buenos indicios. Me toca tratar la herencia, por así decir, de Cerdá

en urbanistas posteriores, pero quiero hacer unas pocas notas antes sobre el contexto histórico en el que se movió y que lo explica y ensayar así una caracterización. Descubrimos pronto que difícilmente se puede incluir a Cerdá en lo que reconocemos como el espíritu decimonónico. Françoise Choay lo intenta, poco convincentemente, incluyéndolo entre los urbanistas que respondieron al problema de la ciudad industrial mediante lo que ella llama **Regularización**. Define esta opción como "forma de planteamiento crítico cuyo propósito explícito es regularizar la ciudad desordenada, y otorgarle un nuevo orden por medio de un diseño claro y esquemático..." Cita también los otros planes de Ensanche de Barcelona: expresamente el de Rovira i Trías, como ejemplos de lo mismo. Su equívoco está en confundir el expediente administrativo del concurso con el contenido urbanístico de los planes ya que si Rovira extendía la ciudad a partir de ciertos ejes radiales y geometrizarla la trama anteriormente irregular, Cerdá planteaba casi otra ciudad, de la que la ciudad anterior venía a ser un accidente. Por lo que la "regularización" es, en todo caso, autónoma, y un sistema por sí misma (habría que hablar de regularidad). No son alternativas semejantes sino casi contrapuestas. La situación historiográfica de Cerdá es más bien, creo, un caso patente y ejemplar de una tradición antitética, antiacadémica y seguramente, para los ojos de su tiempo, antidisciplinar, que se explica en el juego de contradicciones: económicas, políticas e intelectuales del diecinueve. Esto nos pone ante el panorama estilístico de la época, al que Cerdá respondió. No hay que olvidar que, aunque ahora y con muy buenas razones se ha "recuperado" el neoclásico y reconocido como un estilo autónomo y fundamental en la historia de la arquitectura, su encargo cultural fue afianzar un sistema social. Y que sus pautas urbanísticas de control y diseño de la ciudad, es decir, aquel idioma urbano al uso, del que Cerdá pudo valerse y al que renunció, eran expresiones concretas de un concepto de sociedad que Cerdá no compartía. En mérito del estilo y el período hay que decir, no obstante, que el origen de las proposiciones alternativas de Cerdá debió estar en el espíritu racionalista de la revolución francesa y en su laica trinidad: libertad, igualdad, y fraternidad. Un buen poco jacobino y ciertamente nada napoleónico, Cerdá tejió una trama de apoyos intelectuales. Pero en tanto que urbanista y arquitecto se propuso casi **inventar** una ciudad, así como otros de sus cómplices ideológicos inventaban bombillas eléctricas, máquinas de vapor, telégrafos sin líneas y palacios de cristal, por el ingenioso expediente de mezclar conocimientos y disciplinas. Para santo horror de los académicos.

Y se hace quizá necesaria una descarga de artillería contra estos últimos, bien llamados "bomberos" (**pompiers**) en los buenos tiempos, ya que el indulgente electricismo de estos tiempos suele tenderles la mano. Pongámoslos en contexto histórico.

En las ciudades industriales se traducían, corpóreamente, dos desequilibrios fundamentales. Primero, el de la ciudad respecto al campo, al que sometió, creando toda suerte de trastornos. Segundo, el de la ciudad en sí misma, como sistema productivo organizado sobre la explotación de la fuerza de trabajo por el capital. Esto, obviamente, fue posible por la mecanización y las nuevas fuentes de energía, que convirtieron a la ciudad, prácticamente hablando, en su propio proveedor y comprador, al complicarse los procesos, los productos y los canales de mercadeo, mientras que disminuía la importancia respecto a los precios finales de venta, de los primeros insumos: las materias primas y el trabajo. En buena cuenta, la ciudad se convirtió en la sede de la obtención de plusvalías. El diseño de **esa** ciudad es el que se plantea el estilo del sistema y lo que genera la Academia. Ya había ocurrido el relevo de la aristocracia por la burguesía (hablando de Europa central y nórdica), y se había liquidado por ello el barroco, alusivo siempre a un poder y a la singularidad de cada hecho arquitectónico; reemplazándolo por un estilo que traducía la hegemonía **de una clase**: el neoclásico.

Sé que también esta afirmación va a contracorriente, pero no puede llamarse al Neoclásico revolucionario, sino burgués, que no es lo mismo. Su papel histórico fue consagrar en lo urbano y lo arquitectónico el rol explotativo, de un sector social, lo que, como hemos visto, se agudizaría con la aceleración industrial y demográfica durante el diecinueve. Se propuso crear las nuevas mitologías necesarias para la continuidad del sistema social. La gran avenida, el manejo internacional de la perspectiva urbana para el engrandecimiento del hecho monumental, el hecho monumental (herencia barroca), el edificio privado convertido en hito público (los bancos, por ejemplo) y la retórica del orden y la disciplina cumplían ese propósito. Hausmann, que nos puede servir de catalizador, sabía su oficio, de Ministro del Orden Público. Las perspectivas que abrió en París llevan visualmente de un hito de poder a otro: económico, gubernativo o civil. Se debía pensar en su contemplación, que había una clase dirigente, imperial y poderosa, y que no había que olvidarlo.

Si el barroco creó plazas para homenajear la sede del gobierno o la estatua ecuestre del monarca reinante, el brillante arquitecto de Napoleón III abrió espacios para la circulación. Pero este aparente anonimato engaña. Se trataba de llenarlos con la sola exhibición y ostentación de una condición económica. El flujo y reflujo, artificial e improductivo, de bienes y dinero se había vuelto el nuevo y más lucrativo de los oficios. No sabemos si no se lo quería representar en el flujo y reflujo anatómico y visible de bienhadados ciudadanos y adinerados burgueses. En contraparte, fueron muchas las aportaciones renovadoras del neoclásico. Y fue amplio su radio intelectual, hasta incluir no poco sugerentes utopías. Urbanísticamente se le debe, al menos, la creación de tipologías y el relativo orden dado a la

ciudad como conjunto. Pero para un planteamiento en la vena del de Cerdá, y para un escenario tan agudamente en conflicto como Barcelona, ese estilo de decimonónico por excelencia, sirvió más como un acopio de ejercicios y un entrenamiento de la escala de los problemas urbanos, que como un punto de partida. No sorprende, entonces, que Cerdá se plantease casi la tabla rasa y partir de cero. Había bebido, como ya dijimos, de las fuentes del espíritu liberal del diecinueve, pero no debía estuarse demasiado en las respuestas, históricamente desfasadas, que daba el urbanismo de entonces. Llegados aquí, pediré al lector dar más de un salto. Tanto en este número de **Construcción de la Ciudad**, como en el catálogo de la mencionada exposición, otros críticos han producido ya un rico material de análisis a las proposiciones de Cerdá. A esa sombra pienso acogerme para hacer aquí tan sólo un brevario de qué rasgos autorizan a abrir una línea de tendencia ideológica e histórica que enhebra con la mejor tradición del urbanismo industrial. Podemos también esbozar cuáles son los hilos que hilvanan y dan coherencia a esa línea. Se tratará de un entrelazamiento de argumentos disciplinares con argumentos históricos y políticos. Ni el trazado de Cerdá, ni el de nadie, tienen significado si no es ante ciertas coordenadas y si no son considerados como opciones, sumidas allí donde ocurrieron; más aún en aquellos casos en que estas opciones fueron intencionales.

Ensayemos, entonces, describir ciertos caracteres Barcelona en el XIX.

Barcelona, como sabemos, fue no solo un caso notorio de manifestación de las contradicciones sociales de la ciudad industrial, sino más aún, a esas contradicciones se sumaron otras. La primera las vacilaciones y contraórdenes del lanzamiento industrial. La obsolescencia del poder central, la perduración en España de relaciones “feudales” de propiedad de la tierra y condiciones de trabajo, el consiguientemente escaso mercado, la nostalgia imperial para con Latinoamérica y el corrupto manejo de las colonias aún bajo dominio, fueron factores, entre otros, para que la experiencia industrial se pasmasa y contradijese. Una importante renovación social tendría que haber ocurrido, y no ocurrió, para haber un mercado y un poder político gestor. Sólo así una burguesía industrial habría aparecido y se habría dado curso al proceso de “selección de la especie” capitalista.

En vez, como también sabemos, la especie de los gobernantes fue híbrida y corta de miras. Ni las líneas de ferrocarril, que reforzaron, en vez de diluir, el centralismo, ni los puertos, ni las carreteras, con nobles excepciones regionales, proveyeron la infraestructura necesaria. A impedir la superestructura, que tuvo no poco importantes promotores, se dedicaron la Iglesia, con su paralítico recelo de lo científico y el poder político, militar y policial. El entusiasmo por una España moderna lo sostuvieron pocos, o pocos con poder. No deja de ser un dato revelador que se colase este ánimo hasta convertirse en temperamento intelectual, y que éste aparezca precisamente, en aquellos autores que se propusieron años después escrutar el significado de España. Unamuno dijo, y se quedó tan tranquilo: “que inventen otros”.

El resultado industrial de este juego de

contradicciones fue también abortivo, ya que se dedicó a explotar los intersticios y oportunidades que ofrecía la descompensación regional española y los vestigios coloniales cada vez más idos de las manos. Con rasgos estructurales tales como mano de obra barata, suplantación de artesanías, escaso alcance mecánico y energético y bajos niveles de diseño, dirigido para una poco sofisticada venta “en Indias” y en un mercado local al que no se daba mucha consideración, no puede hablarse propiamente de una “revolución industrial” a nivel del entero estado español.

De modo que si en Europa central la revolución industrial tardaría hasta este siglo en evidenciar las contradicciones y distorsiones que generó en la estructura de la sociedad, en Barcelona éstas fueron patentes ya en el XIX. Cabe abrir un paralelismo de situaciones, entonces, y no sólo de formas, entre alternativas intelectuales. El espíritu de Weimar, por ejemplo, fue la consecuencia de atestiguar el desastre de un **ancien regime** fétido y ya ahistórico. ¿No puede verse el ánimo de Cerdá en la misma luz, aunque las coordenadas sean distintas? Hay en común una intención resuelta de alterar sin miramientos, de ver la historia inmediata como un episodio lamentable, de apostar por otro orden y de jugarse los cueros.

Ante esa realidad y contando con una inapropiada herramienta, el urbanismo de entonces, a Cerdá no le quedó otra cosa que, como ya dijimos, inventar. No asumió esa alternativa fácilmente sino muy al contrario: allí está la “Teoría General de la Urbanización” para quien quiera leerla. Y no hizo tampoco una opción escapista o marginal ni la búsqueda de una aislada respuesta. Hizo todo lo contrario: el ensayo de una **ciencia**, en donde cupiesen todas las interrogantes y todas las respuestas. Está por discutir si el terreno de esa ciencia estuvo bien reconocido: si no fue demasiado ciencia pura y muy poco ciencia social, pero esa respuesta depende de qué pensemos y cómo leamos la historia. Cerdá apostó, como ya dijimos, por una España que no se produjo. Y perdió.

El Plan contenía un proyecto social e histórico; era más aún: su expresión física. Ante un hecho urbano de la importancia de Barcelona se proponía una nueva ciudad. Una opción así recuerda los episodios en la historia en que una nueva cultura se instauraba en lugar de una anterior. Esto tuvo siempre traducciones urbanas: las varias refundaciones de Constantinopla, por ejemplo; o las destrucciones y re-fundaciones de las dos grandes ciudades etnoamericanas: Cuzco y Tenochtitlán, en la conquista española. Pero aquí el querer reemplazar el signo más visible de una cultura: su ciudad, tenía, claramente, otro signo. En primer lugar, no se actuaba en el casco mismo, que a los ojos (y a las estadísticas) de Cerdá se presentaba como un organismo enfermo. Debía instalarse un nuevo organismo sin vicios de origen. La re-generación del viejo tejido urbano ocurriría por el contacto y la envoltura de otro, mayor y más potente, al que se trasladaría el peso de las actividades de la ciudad.

El erróneo nombre de “Ensanche” ha hecho nuestra lectura prejuiciada, al observar el plano de Barcelona. Quizá es también por un sentido de secuencia histórica, que solemos verlo de dentro afuera, centrifugamente. Creo que Cerdá debía preferir verlo de fuera adentro, y que la ciudad que reconocía como apoyo de esa lectura era el mal

llamado Ensanche; no Barcelona. Aunque estas son conjeturas, me parece que se desprenden del rigor **interior** de trazados y leyes formales del proyecto, recientemente investigados por Tarragó y Soria. Allí descubrimos cómo el Plan venía a ser la puesta en práctica de una "ciudad ideal" que reconociera el gran "accidente" de Barcelona de por medio. Puede hacerse una equivalencia con los diseños de ciudades ideales: las defensivas de Giorgio Martini, por ejemplo, que se planteaban sin demasiada preocupación por lo topográfico, previéndose que una o dos plazas podían, siempre, asimilar las irregularidades.

El Plan de Cerdá tenía sentido como un plan de desarrollo **simultáneamente integral**, es decir, como una ciudad muy prontamente edificada y, de ese modo, puesta en equilibrio de extremo a extremo. ¿Era eso posible? No es demasiado claro. Cerdá debió confiar en contrarrestar el poder gravitacional de Gracia, que hacía especial gracia a los especuladores, y en una cierta espontaneidad del crecimiento.

Ciertas decisiones de trazado urbano, sin embargo revelan no poca inteligencia práctica y la intención de provocar la homogeneidad. Dos grandes diagonales transversales a la trama, y, por tanto, vías de mayor versatilidad e importancia provenían una de San Andrés y otra de Sants. Hacia el Besós se "premiaba" la lejanía desde el centro con el gran parque de la ciudad. Si el Ayuntamiento hubiese asumido responsablemente el Plan, quizá una buena parte de él sería hoy realidad. Si el suelo hubiese estado bajo alguna forma de control quizá existiría hoy el Ensanche de Cerdá.

Su otra carta para confiar en la pronta obtención del gran sistema de equilibrio homogéneo y multipolar era la energía potencial de Barcelona: el hecho de que su densidad, tasa demográfica y posible industrialización, requieran ancho espacio. Esa conciencia, sin embargo, estaba también del otro lado de la mesa, entre los especuladores del suelo y los alquileres. Para ellos, la olla de presión que era Barcelona era el mejor invento para la máxima estabilidad y una galopante inflación de los precios. Y les convenía que el Ensanche se fuese extendiendo muy poco a poco, sólo una vez que los nuevos vecinos estuviesen ya convenientemente apiñados.

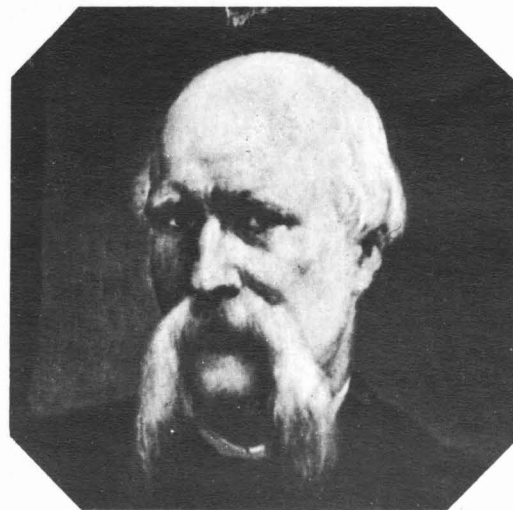
La ambigüedad innata de la arquitectura y de las formas explica este caso de mal uso y maltrato de un Plan, y su conversión en antípoda de sus intenciones originales. Pronto se descubrió que la cuadrícula podía ser el apoyo para la especulación, si se controlaba su desarrollo y sus índices.

Entonces se acallaron la mayor parte de las objeciones estilísticas. Se necesitaba cambiar disposiciones y reemplazar árboles por inquilinos, lo que se consiguió pronto. Pero, como ya otros han demostrado, esa red homogénea y expansiva debió haber sido la fórmula precisa, en la moderna matemática urbana, para la igualdad colectiva. Creo que los paralelismos entre la cuadrícula de Cerdá y las colonizaciones norteamericanas, casi simultáneas, no son sólo casuales. Y no sé si sea llevar las cosas demasiado lejos decir que lo que Cerdá buscaba era una colonización en el área de Barcelona.

Aquí quiero concluir estas reflexiones y dar pie, en un segundo salto, a una comparación entre las propuestas de Cerdá en 1859 y una sucesión de otras formulaciones, más próximas históricamente, hechas en el terreno del

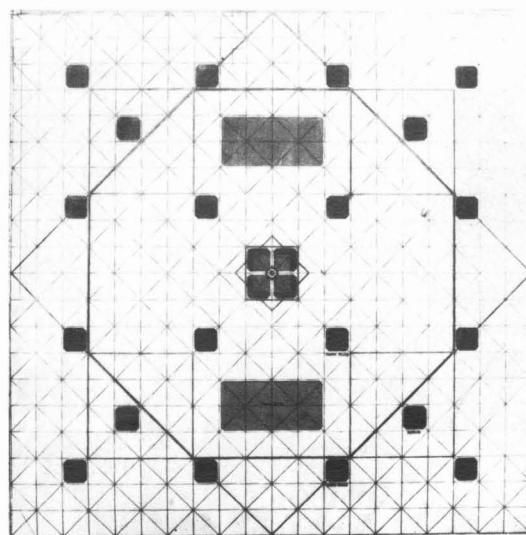
planeamiento urbano y la definición de la ciudad. Veremos que por esa genética especial de los pioneros, los inventores y los precursores, Cerdá se parece más a nietos, biznietos y amigos póstumos que a sus padres y hermanos.

1. Ildefonso Cerdá



De lo ya dicho sobre Cerdá convendría subrayar aquí, para iniciar esta tendencia, su concepto de la homogeneidad de toda la ciudad (lo que no quiere decir una repetición sin variantes: basta ver los diferentes usos de las manzanas). La ciudad debía ser un tejido expansivo (ya que él era atento al hecho de la aceleración demográfica que conllevaba la industrialización) y que, sin embargo, debía preservar el equilibrio en cada una de sus áreas. El crecimiento no sería entonces, — como venía siendo — una anomalía, una deformación de un organismo ya existente; sino la más importante característica, la misma energía vital de ese organismo. Ya que en cualquier área de la ciudad se estaría **en la ciudad**, en torno a uno de sus centros y cumpliendo alguna de sus funciones. Según esa intención, Cerdá produjo un vocabulario de ciudad, un **sistema** formal urbano y arquitectónico, la riqueza de cuyas leyes puede reconocerse en sus diseños, que llegan, con la más fresca estética de la primera arquitectura industrial, hasta la unidad de vivienda.

Possible Modelo Teórico



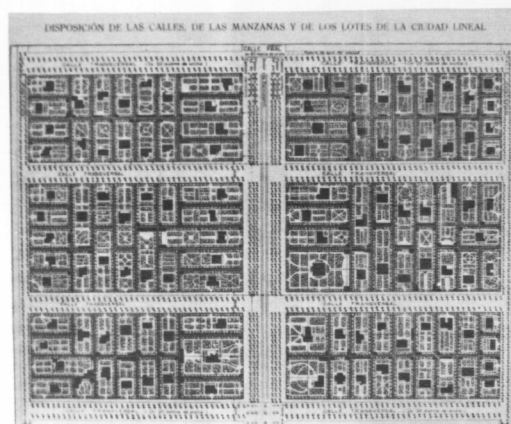
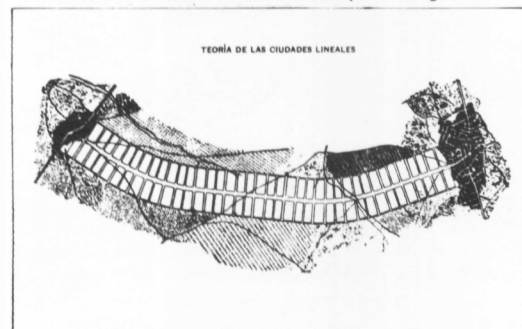
2. Arturo Soria y Mata



La importancia del ferrocarril y el tranvía, y su significado eje bidireccional, tanto de posibles contactos e intercambios, como de inversión económica, apoyaron la teoría de la **ciudad lineal** formulada por Soria. Un concepto de optimización de la ciudad como hecho dinámico y al mismo tiempo, una aguda consciencia crítica del desequilibrio de ciudad y campo (y la consiguiente desmejora de ambos: tugurización y abandono) explican esta lúcida propuesta, que sería muchas veces retomada en el urbanismo moderno. El carácter expansivo, la homogeneidad de transcurso, la importancia reconocida a los transportes, su valor de sistema generalizable a distintos casos y realidades, acercan esta propuesta a la de Cerdá. Soria decía que había que conseguir "La arquitectura racional de las ciudades".

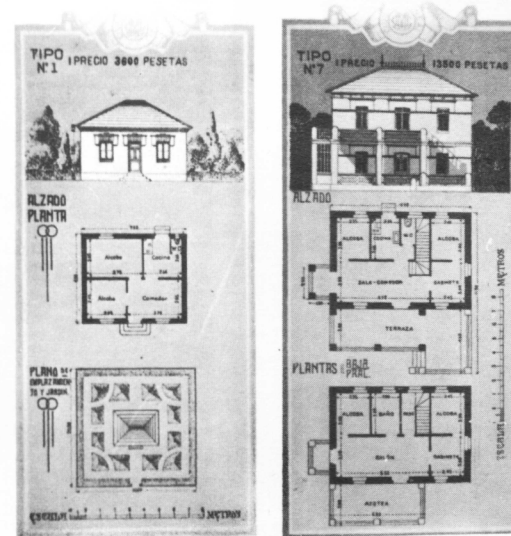
Cerdá pudo también haberlo dicho. En lo arquitectónico, Soria estuvo cerca (aunque antecedió a Howard) de las propuestas de la ciudad-jardín. Conviene apuntar, sin embargo, el lúcido desprejuicio, el autilismo y la vena (que estamos tentados de llamar "ferroviaria") de las viviendas diseñadas para Ciudad Lineal (que él debió seguir de cerca). Y conviene también considerar que por razones análogas — a la madrileña — de las — a la barcelonesa — que hemos considerado ya, la Ciudad Lineal como el Ensanche eran propuestas incompatibles con el sistema político y económico en que se formularon. De haber cambiado éste, quizá el tono suburbano de la Ciudad Lineal habría evolucionado en posteriores experiencias. La teoría, como veremos, daba para más.

"Ciudad lineal moderna entre dos ciudades punto antiguas".

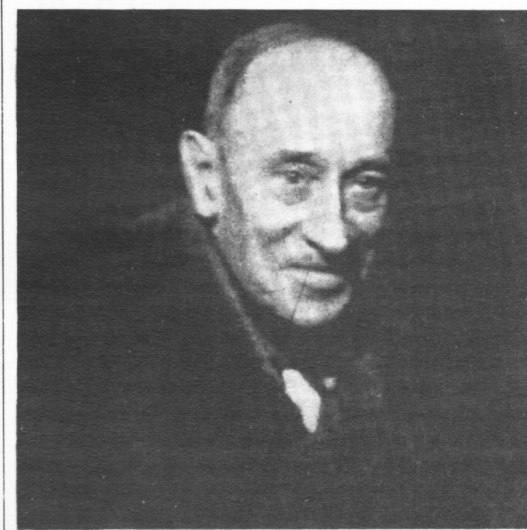


"Sector típico de urbanización en planta".

"Prototipos de viviendas ofrecidas en la Ciudad Lineal".

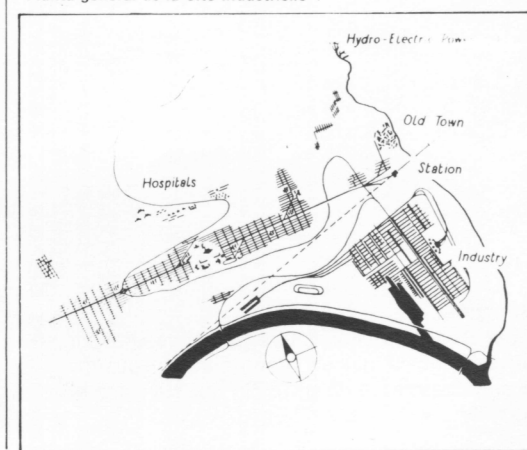


3. Tony Garnier



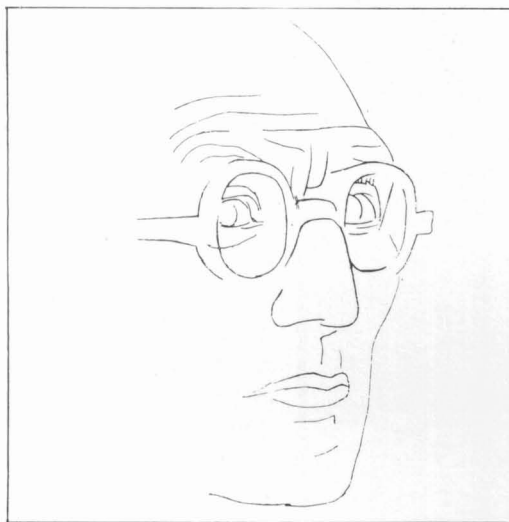
"Serán razones industriales los motivos de fundación de la mayor parte de poblaciones por crearse..." decía Garnier. A esa solicitud y a lo inédito del tema, Garnier respondió a lo largo de quince años con la elaboración de una ciudad teórica, aunque asimilable a casi cualquier espacio geográfico en el entorno de Lyon u otro análogo. Elaboró la "Cité" a escondidas de los académicos, que la financiaron sin quererlo, y a quienes Garnier entusiasmaba con sus espléndidos dibujos historicistas y neohelénicos. Helénico él, en el mejor y menos nostálgico sentido, Garnier resolvió una pequeña Atenas industrial y socialista, apoyada en abundante indagación formal y técnica. Previó 35.000 habitantes, lo que habría dado estándares altísimos de servicios. Al parecer no deseaba una expansión, al menos una de importante volumen, ya que el trazado del conjunto perdía en ese caso lógica. Más bien debía pensar que el mayor volumen de población originaría otras, sucesivas, **cités** industriales (el concepto de límite como exigencia de equilibrio es común también a las New Towns). Es probable que Garnier concibiera la industria en unidades de mediano volumen y abundante repartición. En su ciudad, como en la China de Mao (?), la planta de poder, el muelle, la maquinaria, la estación, tendrían la escala justa y suficiente. Esa previsión iba a darse de cara con la industria desmedida y la ciudad dormitorio, como ya sabemos: no le faltaba

"Planta general de la Cité Industrielle".



razón, entonces. La otra aportación, fundamental para la historia subsiguiente del urbanismo, fue la diferenciación funcional del espacio urbano, lo que el CIAM llamaría "ciudad funcional" y que pasaría a la jerga urbanística como **zonificación**. Pero hay que decir aquí que a la escala de la ciudad de Garnier, las distintas funciones o áreas de la ciudad eran las partes de una unidad y no entidades por sí mismas.

4. Le Corbusier



Es difícil sistematizar una lectura de Le Corbusier como urbanista ya que razón, abundancia, calidad, arbitrariedad y coherencia, no suelen ocurrir al mismo tiempo.

Hemos agrupado dos serie de proyectos o esquemas apoyados en ideas diferentes y hasta contradictorias del hecho urbano y que fueron, sin embargo, elaboradas paralelamente.

La primera serie pertenece propiamente al tronco teórico le corbusiano. Se inicia en "Ville Contemporaine": ciudad ideal contemporánea, a la manera que lo era también la "Cité Industrielle" que Le Corbusier conocía. La confrontación es reveladora. A la Cité de 35 mil habitantes Le Corbusier opone una especie de Esparta de la productividad, de tres millones. Si Garnier piensa en ánimo local, en comunidad industrial y en provincia, Le Corbusier piensa en megalópolis comercial y administrativa (afueras de Lyon vs. corazón de París, como ya veremos). Si la Cité se ajusta al detalle de una topografía imaginaria, la Ville se extiende, como dice Banham, sobre una hoja de papel»

Aunque sean parcialmente ciertas las acusaciones de megalomanía, también lo es que, Le Corbusier tomó el toro por las astas. La escala del hecho urbano era ya, incontestablemente, enorme y no había instrumentos de planeamiento para lidiar con ella. Su propuesta sentó las bases, a macroescala, de la ciudad funcional. Respondía a los niveles de densidad y conflicto urbanos característicos de la época con una fórmula territorial que quería ser eficiente y sana. La ciudad era una trama de interacciones, distribuida y enlazada según un ciclo productivo supuesto, con gran y pequeña industria, comercio y, por encima de todo, transportes: aéreos, terrestres y subterráneos. Abundante amplitud y experiencia del espacio libre eran la contrapartida a esta dinámica. En la tradición de la arquitectura como obra completa y concluida, la Ville estaba también estructurada según un perímetro.

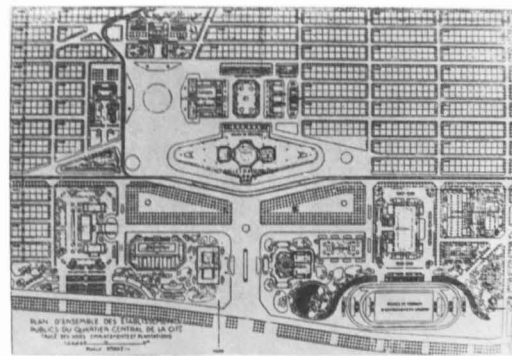
El Plan Voisin (el nombre proviene de la compañía de aviación que sufragó su exhibición en 1925, quizá entusiasmada por el notorio campo de aterrizaje a pocos pasos de Notre Dame) tradujo la Ville a una intervención en el centro de París. Era una metódica y bien temperada provocación. Quizá lo que Goya llamaba Capricho. Se trataba de dejar claro que París no era excepción, sino

foco, de los problemas urbanos contemporáneos: aquí estaba una alternativa de la solución sin contemplaciones, La Ville Radieuse completa este ciclo, ya con mayor calidad y riqueza de trazados, incorporando una directriz lineal y posibilidades expansivas. Es quizá por excelencia el teorema, lo que quería demostrar Le Corbusier. Poco después de su conclusión, Le Corbusier intervino decisivamente en la primera elaboración del Plan para Barcelona (al que daría después el nombre de Maciá, en homenaje al presidente de la Generalitat de Catalunya). Adecuaba al área de Barcelona las directivas funcionales ya codificadas. Décadas después, en Chandigarh, retuvo la trama geométrica de apoyo, diluida en apariencia, extractando para su soltura formal con enorme sabiduría y la cara dura, de la traducción de la ciudad jardín que podían aportar sus socios anglosajones. Haciendo también, seguramente, un silencioso homenaje al Islam.

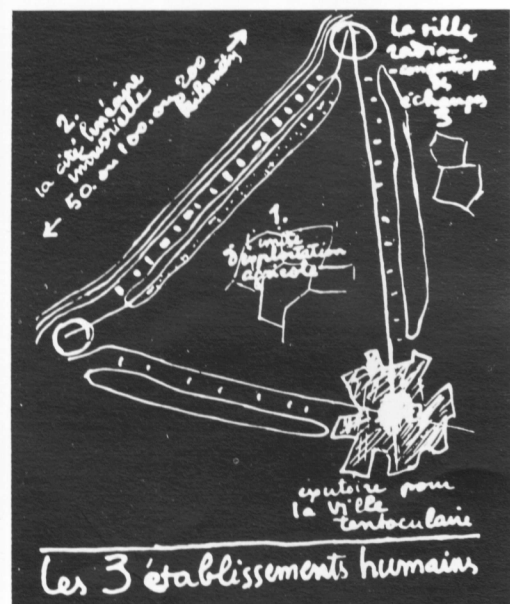
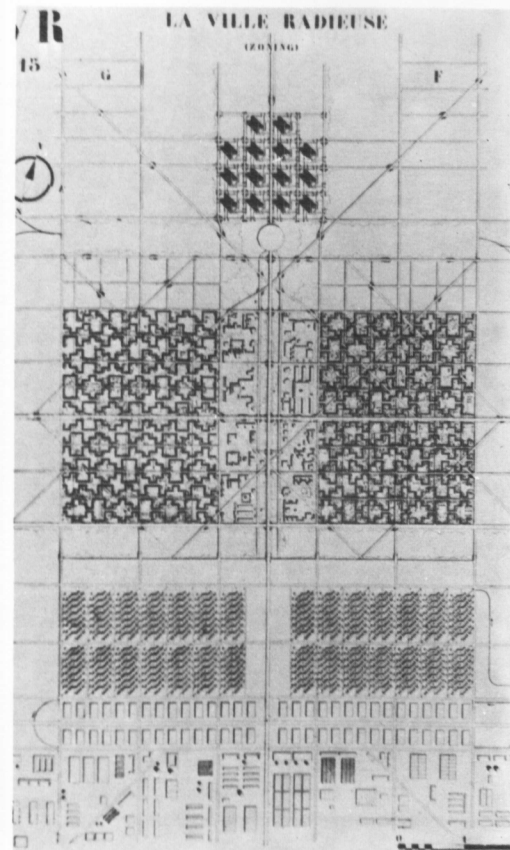
Si la **trama** es el carácter distintivo de la primera serie de ejemplos, la **línea**, como directriz fundamental, es el rasgo amalgamador de los que siguen. Aquí Le Corbusier adoptó la idea de fuentes ajenas y aunque le dió un rico tratamiento propio no obtuvo culminaciones del alcance y la coherencia que se reconoce en otras obras. Fue en Rusia donde Le Corbusier descubrió la propuesta de la ciudad lineal (ver seguidamente, nuestra discusión de Miliutin). La Ville Radieuse lo era un poco, pero al revés: el eje atravesaba las funciones de la ciudad, mientras que para Miliutin, éstas debían correr paralelas. El entusiasmo fue súbito y la digestión no muy rápida: casi coincidentemente con una propuesta tan sólida como Ville Radieuse, Le Corbusier trazó el Plan para Alger, y, sobrevolándolas en aviones, hizo los planes Buenos Aires y Montevideo. Combinando impresiones, reunió sus reflexiones acerca del edificio de la Fiat en Turín (desarrollado linealmente y en óvalo, con la pista de pruebas encima) con el nuevo descubrimiento y propuso algo ciertamente inédito: el edificio-ciudad. La correlación entre lo urbanístico y lo arquitectónico, como mutuamente explicativos y condicionantes, era una constante le corbusiana, aunque aquí apareciese desbordada por esa voluntad de diseñarlo todo que traicionaba sus proposiciones a gran escala a la vez que hacía admirables y potentes sus obras arquitectónicas. Sus proposiciones a macroescala, codificables para una conferencia en Milán en 1954, casi fotografiaban los esquemas de Soria y de Miliutin, y hacían una inesperada proyección que conducía de la China a Burdeos, reviviendo algo tópicas concepciones sobre los ejes culturales. Y sin embargo, a escala menor, hizo una de sus mejores mezclas de intuición, talento y responsabilidad arquitectónica: las "Unités d'Habitation". Eran, en la medida justa, el edificio-ciudad. Y su disposición, acompañando un eje de transporte rápido, en torno al cual podrían repetirse, las hace si no partícipes, próximas de la tradición de la ciudad lineal (creo que hay no pocas equivalencias, por ejemplo, con la sección típica de la ciudad de Soria y Mata). Para concluir esta revisión, incluimos una representación del concepto implícito en casi toda la obra le corbusiana para la unidad de vivienda: la célula, mínima pero ampliamente luminosa y

10 "Área Central de la Cité Industrielle".

11 "Muelles de la Cité Industrielle".



respirable, que debía alojar al hombre contemporáneo. El dibujo expresa, esquemáticamente, desde los "Redents" de Burdeos y la "Ville Contemporaine" de los 20 hasta las "Unités" y las células para monjes en La Tourette en los 60. Lo hizo Le Corbusier desde una célula de 2,30 x 2,30 x 2,30, medidas procedentes de una codificación, el Modulor, acorde a la antropometría de un modelo de hombre vigoroso y enérgico, idéntico en dimensión y costumbres a sí mismo. Y sin embargo, pese a todas las objeciones que puedan hacerse, es aún un testimonio preclaro, agudo y necesario sobre el carácter de la vida contemporánea.



5. Miliutin



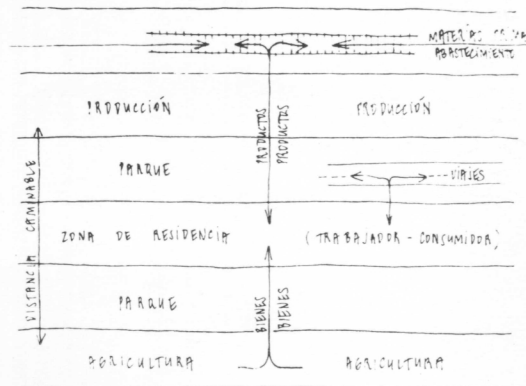
Nikolai Aleksandrovich Miliutin, desde una formación no arquitectónica, educador y militante, iba a ser una de las contribuciones más ricas a la breve e interrumpida historia del planeamiento comunista. Se apoyaría en la fértil atmósfera que generó el leninismo. E intervendría en el momento oportuno. El Constructivismo había querido ser una celebración de la victoria socialista y formular la nueva ciudad para la vida nueva. Había querido reemplazar la simbología del zarismo, pomposa y grandilocuente, por la de los nuevos materiales y las posibilidades técnicas de la producción contemporánea; pero también es verdad que, ya hacia finales de los años veinte, el culto al talento y a la obra singular, y un incipiente academicismo neotécnico, podían notarse. Las esferas, cubos y volúmenes en tensión requerían crecientemente rublos del presupuesto de construcción del socialismo.

Miliutin aparece para arbitrar, como hombre de estado, la polémica intelectual, en la que ya intervenía activamente la vieja guardia académica, exigiendo el uso de los estilos históricos (ciertamente, más caros aún). Desde el periodismo y su libro "La Ciudad Socialista: **Sotsgorod**", Miliutin toma claro partido por la alternativa de hacer historia y no refreirla. La ciudad debía ser un organismo económico y eficiente, y también el escenario de la liberación que el hombre contemporáneo encontraría en el orden social colectivista. El trabajo y la producción que se transformarían en la energía misma de la regeneración social y eran la fuente de bienestar, debían ser el eje fundamental del arreglo urbano. La industrialización en curso había subrayado la importancia del transporte, más aún con la difusión del automóvil; quizá por ello eran frecuentes las propuestas lineales de urbanización. El esquema de Soria y Mata había tenido divulgación en Rusia, ignorándose quien era su autor. Y para el concurso de Stalingrado, casi todos los proyectos rusos fueron lineales. Pero fue Miliutin quien dió cohesión y solidez al modelo y quien primero puso en acuerdo las distintas funciones urbanas. Se valió como estructura de orden, del concepto, nuevo entonces, de la cadena de montaje industrial. E hizo una optimización de los intercambios y las comunicaciones de corto y largo alcance. Su modelo teórico, y sus proyectos específicos: una

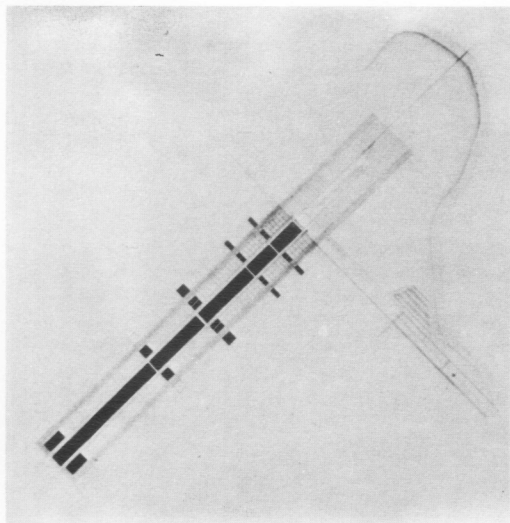
ciudad a lo largo de una fábrica de motores: Nizhninovgorod, por ejemplo, eran ya conceptos maduros, supraestilísticos y basados en una economía territorial, con las que el movimiento moderno ruso podía dar frente a la problemática concreta del Estado. Como crítico de su tiempo y como promotor de la obra de otros arquitectos, como Ginzburg, Miliutin fue la eminencia gris de una alternativa sólida para el urbanismo comunista.

La historia ocurrió de otra manera. El esquema de vida en pequeñas comunidades de trabajo, y la noción de acompañar los espacios comunales: la fábrica y el lugar de reunión, con espacios individuales de reposo y vida íntima no convenía (quizá no era posible) a un Estado que prefirió acumular y concertar poder. La "desurbanización", o correspondencia campo-ciudad que se propuso, en vez de la inútil densidad urbana, tampoco. Durante Stalin, todo el juego de argumentos con los que los planificadores progresistas quisieron construir un nuevo orden urbano fue acusado, a fardo cerrado, de burgués. En nombre de la dictadura del proletario se optó por el centralismo político, demográfico y urbanístico; y se resucitó el neobarroco de entre los muertos.

"La ciudad lineal de Miliutin: sectores e interrelaciones".



"Esquema de urbanización por células mínimas propuesta de Ginzburg reproducida en Sotsgorod"



6. El Gacpac, según Sert y según Torres Clavé



La primera intervención urbana propuesta por el Gacpac, y propiciada por Sert, fue la extensión de la Diagonal. El concepto de propuestas puntuales se transformaría cuando, en la reunión en Barcelona en 1932, preparatoria para el congreso del CIRPAC, se trató acerca de la Ciudad Funcional. En el contacto con Le Corbusier (que había conocido al grupo en una oportunidad anterior) se perfiló un Plan para Barcelona que más tarde y tras mutuo intercambio, obtendría forma definitiva en los esquemas de 1934. Aquí me remito a la abundante literatura al respecto y sólo interesa precisar que ese plan, llamado postumamente "Plan Macià", era la aplicación sobre Barcelona, en la versión le corbusiana, de la ciudad funcional. Su antecedente inmediato era entonces, la "Ville Radieuse".

Paralelamente, otra era la secuencia ideológica que la presión de acontecimientos había generado. A.C., la revista que llevaba Torres Clavé desde muy pronto sostuvo un análisis exhaustivo del conflicto urbano en Barcelona. La "Ciutat de Repòs i Vacances", de probable inspiración en la "desurbanización" soviética, había sido la primera intervención en la línea de una consciencia integral del fenómeno urbano. El estudio profundo, estadístico y analítico de Barcelona siguió, para su presentación al CIRPAC. De él debió ciertamente generarse un ánimo realista ante la problemática urbana y la consciencia cada vez mayor de que en el régimen capitalista de libre manipulación especulativa del suelo no había solución urbanística posible.

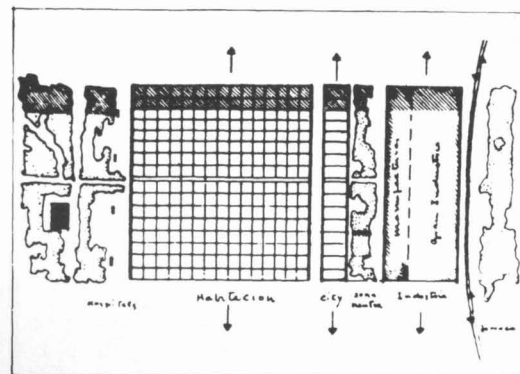
Dos años de parálisis política evitaron que el conflicto interno se explicitase, aunque en ellos las renuncias al grupo, las "acusaciones" de socialismo desde fuera de él y los crecientes problemas de publicidad comercial de A.C. no son pocos indicadores. Tampoco lo es, analizada menudamente, la oposición de argumentaciones que fue desarrollándose entre Sert y Torres. Mientras Sert, aún con acceso a la reaccionaria Sociedad de Arquitectos, difundía un brevariario técnico sobre urbanismo y reclama tan sólo el derecho de expropiación de terrenos y el beneficio comunitario que supondría, Torres Clavé daba sus primeros pasos en una teorización radical y política.

En Barcelona, el entusiasmo moderno estaba entonces en una fase regresiva que afectaba incluso a sus exponentes más manifiestos. Sert iniciaba su bizantina teoría de la mediterraneidad como foco de origen de la arquitectura moderna (lo que Foix, el poeta, refutó esclarecedoramente). A la luz de los comentarios ya hechos, para Le Corbusier y Miliutin y sus diferentes entendimientos del urbanismo, creo que puedo proponer esta oposición de **contenidos** entre dos fases del Gacpac. En origen, el grupo reunía intenciones concurrentes. Casi fue una respuesta a la exposición de Barcelona del 29, algo cadavérica y más bien ignorante. Sert, de vuelta de París y del taller de Le Corbusier, fue el protagonista de un ánimo modernizante y cosmopolita, en una renovada fase de aquel temperamento barcelonés al que Joan Prats proponía honradamente, denominar "esnobismo". Sert era ya entonces seguidor de Le Corbusier, como lo sería, a no pocos pasos en todo su ejercicio profesional.

Dalí, a distancia, se confesaba fascista. D'Ors lo había sido siempre. Se confundían vanguardia y academia. El ADLAN coleccionaba sin demasiado discernimiento imágenes de una modernidad algo ecléctica. En esa atmósfera, Torres Clavé en cambio, sólo veía la salida de la crisis en dar los necesarios pasos adelante y no atrás. Con los meses del Frente Popular, el levantamiento fascista y la guerra, el papel protagonista en la teoría de la arquitectura catalana cambió lógicamente de manos. Lo asumió, con una integridad imperturbada, Torres Clavé.

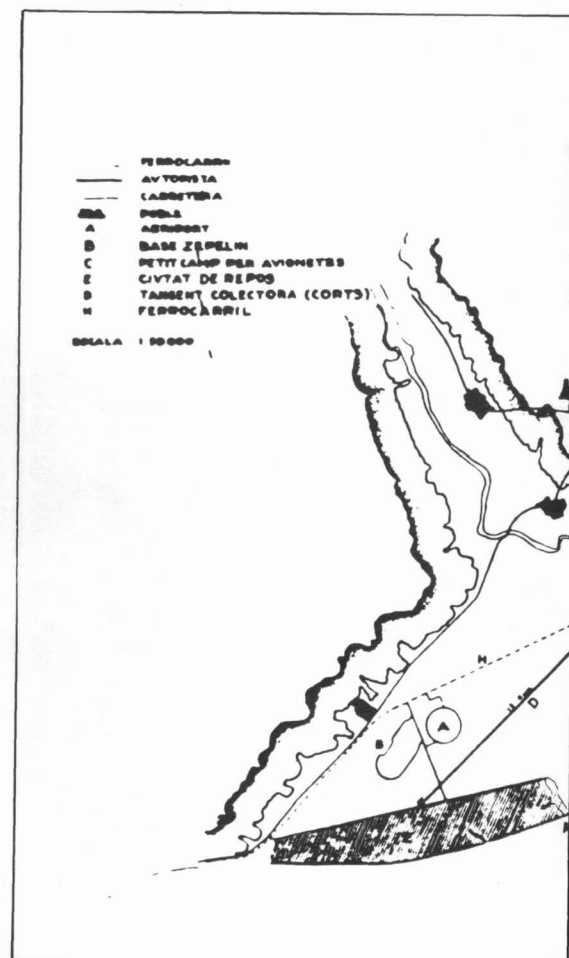
"...atacar el problema en su esencia. Se nos dirá que la economía no lo permite y nosotros diremos que la economía debiera ser de tal naturaleza que lo permita..."

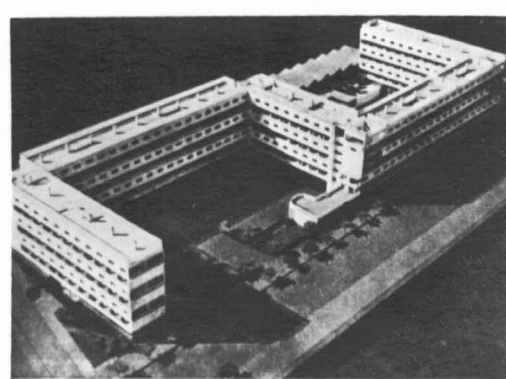
Como en Rusia, no hubo tiempo en Barcelona para observar el resultado de una fase madura del planeamiento urbano. Pero estaban ya los hilos intelectuales atados. A la fase de proposiciones estilísticas iba a suceder otra más enraizada, sustentada en la propiedad municipal de la tierra y en el sindicato único de arquitectos, técnicos y trabajadores de la construcción. Entonces, ante la urgencia de la acción, el Plan de Barcelona no era la herramienta indicada. En parte porque la precipitación de acontecimientos obliga a pensar en soluciones tangibles de menor escala, y en parte porque el carácter teórico y al mismo tiempo, determinista y definitivo del Plan quedó en conflicto con un futuro abierto e imprescindible. Cuando Torres Clavé habló por última vez ante el CIRPAC, en 1937, dijo que ahora era posible planificar en Barcelona; no que ya se tenían los planes. Pero la interrogante abierta quedará sin respuesta. La única huella arquitectónica está en la Casa Bloc, en su justeza económica y honradez arquitectónica y en la amplitud de espacio libre y vida comunitaria que se favorecía.



"Esquema de ciudad funcional, aplicada a Barcelona".

"Plan Macià. 1934"





"La casa Bloc"

7. Ludwig Hilberseimer



En Hilberseimer reencontramos la voluntad de sistematización para la forma urbana y arquitectónica. Estas son mutuamente explicativas. En plena fase de personalización del diseño, sostuvo, contrariamente, que *"la arquitectura, como el resto de actividades, debe estar referida a la realidad entera y ser determinada de modo no arbitrario."*

Con él nos damos también con uno de los casos más continuos y coherentes de práctica teórica y profesional dentro del Movimiento Moderno. Diferentes obras suyas pueden observarse casi como un discurso que fuera de lo general a lo particular, sin que se haga necesario atender demasiado a la cronología.

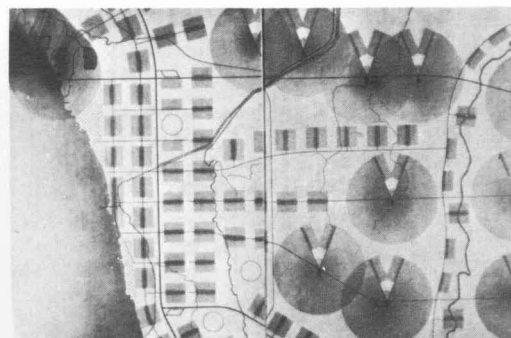
Bauhausiano de fondo, en los años veinte y treinta produjo ya un vocabulario para la ciudad. Pero fue en la postguerra, desde Norteamérica adonde debió emigrar, que sus propuestas cobraron otras dimensiones. Son éstas, creo, las que otorgan a su obra máxima importancia en el proceso de definición y esclarecimiento del hecho urbano contemporáneo.

Ser uno de los mejores historiadores de la ciudad hizo a Hilberseimer consciente de la inexistencia en nuestro tiempo de formas urbanas. La ciudad industrial debía aún encontrar su economía y patrones de forma que no generasen los vicios universalmente reconocibles.

Aunque se propusiera sistematizar los elementos del organismo urbano contemporáneo, Hilberseimer, tuvo la inteligencia, en su segunda fase, de proponer relaciones y no formas cerradas. Y ante el hecho de la macro-ciudad y de la complejidad de los transportes y las comunicaciones, percibió que lo urbano no era ya un sistema autocontenido sino un hecho sin límites físicos precisables. Sus propuestas deben leerse en la realidad en que ocurrieron: las conurbaciones, ya no ciudades, norteamericanas, donde la fricción espacial pesa menos que la capacidad económica y que los hábitos culturales de individualismo (quizá otras habrían sido sus propuestas tras una crisis de energía). No son, como nada es, intercambiables a otras realidades. Pero renovar sin duda la atmósfera del urbanismo determinista y resolverlo todo que con veinte años de tardanza quiso aplicar en la segunda postguerra los postulados de la ciudad funcional. Era un filósofo y un político del espacio y aunque

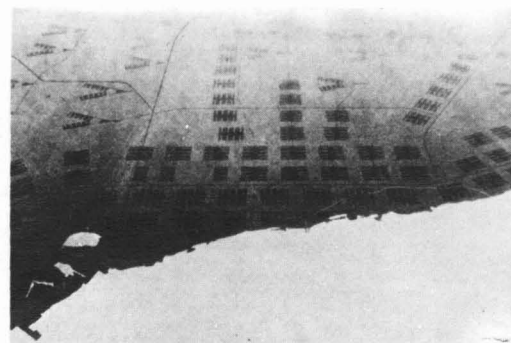
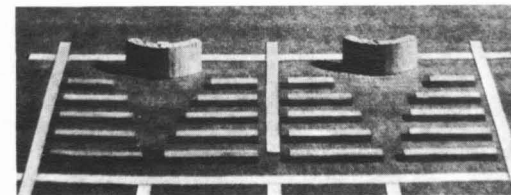
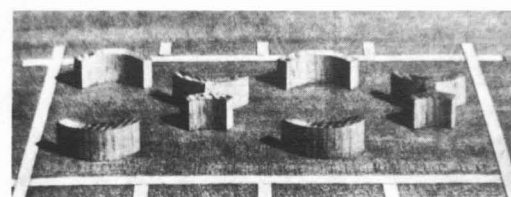
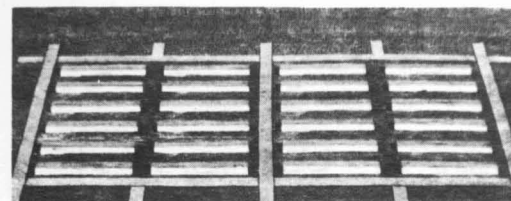
sus proposiciones ocurriesen en el poco dramático escenario de la Norteamérica de los cincuenta, no eran por ello menos revolucionarias. O les hubiesen hecho caso.

Propuesta para Chicago, planta 1950"



"Variantes de ocupación arquitectónica de un sector, según una densidad constante, proyecto Evergreen Chicago, 1945 1947"

"Propuesta para Chicago, perspectiva 1961



8. El urbanismo estatal en Inglaterra.

En las coordenadas singulares y propias de la historia urbanística inglesa, dos episodios merecen traerse a colación aquí. En los años treinta, Arthur Korn y el grupo Mars se constituyeron en avanzados de la arquitectura moderna. El medio les fue hostil, más afín al pragmatismo que a la teoría y sin un trauma local de concentración urbana comparable al europeo. El Plan para Londres fue por eso artillería de no poco calibre. Violentaba un sistema de decisiones progresivas y mil veces tamizadas, en funciones desde la liquidación del victorianismo y con el cual se había ido dando satisfacción a los reclamos y aspiraciones colectivas. En cambio, y de una buena vez, se proponía un concepto integral de ciudad, de transportes, de administración y de condiciones de vida. Se quería reemplazar la fórmula liberal y especulativa del agente promotor, de quien podía esperarse una ciudad coherente. El Plan fue juzgado iluso y herético (hubo también críticas certeras: como que no utilizaba el transporte subterráneo ya existente como condicionante).

Sin embargo, por los resquicios que deja ese sistema de decisiones ya referido, en 1942, al decidirse el Plan de Reconstrucción de Londres, se usaron no pocas de sus propuestas.

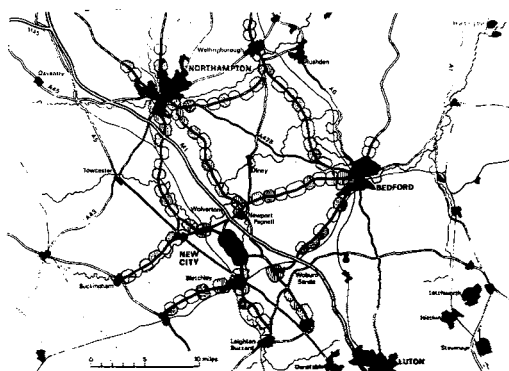
Los gobiernos laboristas de postguerra modificaron el cuadro de lo que era y no era herejías. Y otorgaron un poder de intervención, mucho mayor al Estado, como agente de urbanización y desarrollo.

La fórmula casi dos veces centenaria de los New Towns fue entonces revivida y actualizada participando activamente en el planteamiento algunos miembros del grupo MARS y la primera vanguardia moderna.

Una reciente serie de realizaciones recurre una vez más a la directriz lineal, ampliada a escala territorial como "corredor de desarrollo". Reaparecen así dos formulas de trazado que ya nos son familiares. Se hace incluso una síntesis de ambas: la linealidad es la macroestructura y la cuadrícula o malla, la microestructura.

Hechas así las cuentas, creo que queda claro que Idelfonso Cerdá ha envejecido bien, o añejado, como buen vino. Sorprende un poco que durante largo tiempo sus catadores no nos lo dijeran. Preferían, claro, otras bebidas; los primeros, los vinos blancos y no los tintos; los segundos, el dubonnet y el campari.

"Esquema de corredores de desarrollo. para Bedford, Bletchley y Northampton. 1965"



"Plan Mars, para Londres, 1937-1938"

